

de 1960 y 1970); transportes y comunicaciones; comercio (donde ya se penetra en ocasiones hasta 1980); equipamientos sociales (sanitarios y educativos sobre todo); hostelería y turismo; actividad financiera; administración pública (con los presupuestos de corporaciones locales hasta 1977); consumo y renta.

La obra termina con lo que denomina «indicadores de posición», donde presenta para un conjunto de variables el papel que desempeña Andalucía en el país, medido mediante su participación porcentual.

Aceptando que un anuario debe esforzarse por ser una recopilación amplia y clara, creo que esta obra podría ganar en funcionalidad si incorporase niveles de análisis espacial más desagregado, bien usando unidades comarcales (por donde parece que va a ir parte de la actuación regional), bien prestando mayor atención a los municipios, aquí totalmente olvidados. El ámbito espacial utilizado, la provincia, es sujeta después a agregaciones según que correspondan a Andalucía Occidental o la Oriental, construyendo así una segmentación del espacio andaluz, quizás poco funcional para la tarea de análisis y planificación, y cuidadosamente evitada por la mayor parte de los actuales agentes políticos andaluces.

Si el editor de la obra, el IDR de la Universidad de Sevilla, piensa que este trabajo tenga una continuidad, lo que tiene sin duda un fuerte interés y viene a llenar un vacío informativo importante, no estaría de más que considerara la posibilidad de adjuntar a la base estadística una serie de breves artículos que den noticia de los procesos que con más relevancia hayan afectado ese año a la región, y que puedan facilitar el análisis de ese volumen de información y de las modificaciones que conlleva.

ANTONIO J. SÁNCHEZ
PROFESOR DE GEOGRAFÍA
UNIVERSIDAD DE CORDOBA

AMORES CARRILANO, F.: *Carta arqueológica de Los Alcores (Sevilla)*, Sevilla, Diputación Provincial, 1982, 293 pp.

En el ámbito de las investigaciones sobre nuestra región nos congratulamos de la aparición de esta obra en la ya prestigiosa colección de estudios históricos que, bajo la dirección de A. Heredia, viene publicando la Diputación hispalense. Y ello es así tanto por incorporar un exhaustivo catálogo de yacimientos arqueológicos como por ir más allá de lo que sería un mero repertorio, al incluir un sugerente estudio sobre teoría y dinámica del poblamiento, en un área tan peculiar y significativa como la de Los Alcores.

En un momento en que nuestro patrimonio arqueológico se ve en trance de desaparecer, la publicación de este tipo de investigaciones debe suponer un revulsivo para evitar su total destrucción.

Fernando Amores, profesor del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla, y autor de numerosos artículos de su especialidad, aporta en este trabajo —que tiene como base su memoria de licenciatura— su dilatada experiencia en las labores de campo.

El ámbito de análisis ha sido la zona natural de Los Alcores, en la provincia de Sevilla, considerando concretamente como vértices de la Carta los definidos por las siguientes coordenadas Lambert: X 299, 312, 320, 333; Y 431, 421, 411.

La obra se estructura en tres grandes apartados. Comienza con una breve historia de las investigaciones desde el siglo XVI, haciendo especial hincapié en una reivindicación de la labor de George Bonsor, en un amplio porcentaje «todavía no digerida», que representa un obligado punto de partida. De este análisis de la historiografía, así como de la bibliografía aneja, se puede deducir la inexistencia de estudios de conjunto que logren la vertebración del cúmulo de información existente hasta el momento. Fernando Amores no sólo logra esta necesaria globalización, sino que aporta unas sugerentes hipótesis sobre las motivaciones y evolución de la implantación humana en Los Alcores.

El autor ha realizado una revisión del material existente hasta el momento, así como ha llevado a cabo una exhaustiva y precisa labor de prospección sobre el terreno. Resultado de todo ello es la segunda parte del libro titulado *El registro arqueológico*. Tras una descripción muy somera del medio físico, pasa a realizar una descripción de yacimientos distribuidos por épocas (B: Paleolítico; C: Eneolítico y Edad del Bronce; D: Bronce Final y Protohistoria, y E: Roma), haciendo una breve historia de las investigaciones sobre cada uno de estos periodos.

La distribución de los yacimientos por culturas hace que mucho de ellos —donde hay continuidad cultural— aparezcan mencionados en dos lugares distintos. Esta estructura, que ciertamente favorece los estudios sincrónicos del ámbito de trabajo, en contrapartida dificulta el estudio de la evolución de cada uno de los yacimientos (solventado en gran medida por el análisis diacrónico general del área).

Nos parece oportuno poner en antecedentes al lector del criterio para el tratamiento del Paleolítico, diferente al que utiliza para otros momentos, lo que podría dar lugar a confusión si se intentaran extraer conclusiones del número de yacimientos o de la distribución espacial de éstos (mapa I). Sólo se ha analizado una muestra de seis yacimientos (se exponen las motivaciones en la página 203), suficientes para aportar la novedad de la existencia de un poblamiento generalizado en estos momentos. No obstante la problemática que lleva consigo el intento de diferenciar los auténticos yacimientos de las meras localizaciones de materiales, sería necesario en el futuro efectuar un análisis más exhaustivo del área en lo que al ámbito cultural Paleolítico se refiere.

Creemos muy útiles, como resumen, los mapas (teniendo en cuenta su orientación, inversa a la del mapa general de la figura 1) que, sobre las localizaciones de yacimientos en los diferentes momentos culturales, se incluyen en el texto. Por problemas económicos en la edición no se ha podido incorporar el denso material gráfico que tenía originariamente el trabajo. Se ha optado por la solución intermedia de presentar sólo algunos materiales, que se ha pretendido fuesen significativos: tal es el caso de los materiales líticos de las figuras 2 y 3, los heterogéneos materiales de algunas *villae* (e. g., figura 23 ó 24), o la figura 17, de materiales de El Picacho (Carmona), en la que destaca un fragmento tipo Carambolo (número 3) muy significativo.

La tercera parte, a nuestro entender la más interesante, y donde se plasman los resultados de la elaboración de los datos presentados en el catálogo, tiene

el siguiente título: *Teoría del poblamiento en Los Alcores: Distribución y problemática local; dinámica y contexto regional*.

En relación con los recursos naturales y la posibilidad de desarrollo de las industrias líticas, se han detectado aglomeraciones de industrias en numerosos puntos, pudiéndose situar el origen del poblamiento en una fecha tan antigua como es la del Pleistoceno (Medio), en conexión con las terrazas más altas del Guadalquivir.

Durante el Eneolítico se desarrollaron tres tipos fundamentales de hábitat (en cuevas, en la zona del Alcor, o en la Vega, en torno a vías fluviales), en relación con su diferente funcionalidad. Sin embargo, el masivo poblamiento de esta época se alinea fundamentalmente en Los Alcores. Esta zona, geográficamente tan compleja, permite el desarrollo de una economía mixta de caza o pastoreo en las terrazas y laboreo de la Vega, a lo que se añade la abundancia de acuíferos en el Alcor, peculiaridades que son la clave para explicar la atracción de poblamiento en esta zona. F. Amores expone una sugerente teoría sobre el equilibrio demográfico de la zona, observando cómo los núcleos fundamentales de poblamiento se hallan separados entre sí por tramos regulares de unos cinco kilómetros, existiendo entre ellos otros núcleos menores hasta tanto lo permitan los recursos disponibles.

En el Bronce Pleno, que aquí supone un período de regresión desligado de las áreas de El Algar y del SE portugués, se observa una redistribución del poblamiento acompañada de un cambio cultural.

En las culturas del primer milenio a. de C. (Bronce Final y Protohistoria) se vuelve a lo que el autor denominó «modelo de ocupación estable», ya descrito para el Eneolítico, aunque sin coincidir exactamente las localizaciones con las de aquél momento. En una primera etapa, correspondiente a una fase cronológicamente muy corta, se identifican una serie de poblados amurallados. Pero, a poco, se produce una expansión demográfica y su reflejo en la existencia de poblados abiertos, lo que se debe poner en relación con el auge económico de finales del siglo IX a. de C. y comienzos del VIII a. de C. Culturalmente se produce una similitud de elementos de muy variado signo (elementos procedentes de la meseta, elementos atlánticos y otros venidos de Oriente).

El período ibérico, que comenzaría hacia el siglo VI a. de C., como se observa por la implantación de nuevas técnicas funerarias, plantea muchos problemas, por la muy escasa densidad de investigaciones realizadas hasta el momento. Aunque hay una pronta dominación romana (e. g., el caso de Carmona), se observan pervivencias en la cultura material hasta bien entrado el siglo I p. C. (como se constata en multitud de yacimientos en todo el Bajo Valle del Guadalquivir, y que, por nuestra parte, observamos en el cerro de Las Cabezas, en Olivares, yacimiento que excavamos en la actualidad). En lo que respecta al poblamiento, se le puede considerar como una continuación del período anterior.

Hay un gran número de datos para analizar el proceso de la romanización, como se observa en la gran densidad de yacimientos. Pero nos interesa destacar, como historiador de la antigüedad, que, en estos momentos de abundancia y diversificación de fuentes, la arqueología pasa, de ser fuente fundamental para el conocimiento histórico, a constituirse en ciencia auxiliar. Hechos como la inexistencia de centuriación o la despoblación, consecuencia de la crisis de mediados del siglo III, están ya suficientemente analizados a través de otras fuentes;

aunque las investigaciones de F. Amores se encargan de confirmarlo arqueológicamente para el área de Los Alcores.

Las dificultades para épocas posteriores proceden de la falta de excavaciones y de la escasa evolución de la cultura material.

Como conclusión no nos queda más que insistir en la trascendencia de la labor de confección de cartas arqueológicas, en su doble vertiente de análisis de los lugares de asentamiento —en función de los recursos disponibles— y de estudio de la dinámica de esos asentamientos, enmarcados en una problemática histórica más amplia. Creemos que esta labor investigadora constituye el presupuesto básico y punto de partida fundamental para todo tipo de análisis que pretenda el estudio de la trayectoria de las relaciones del hombre con su entorno.

Afortunadamente, la obra de Fernando Amores Carredano, pionero en tantos aspectos, no va a ser un caso aislado en la investigación. Pues, bajo la dirección del profesor Pellicer, y teniendo como objetivo el constituir un amplio repertorio de cartas arqueológicas de nuestra región, se han elaborado ya las correspondientes a la Ribera sevillana (J. L. Escacena Carrasco), el área de El Coronil, Montellano y Morón (M. M. Ruiz Delgado) o la zona de Lebrija (A. Caro). Todas ellas continúan aún inéditas, pero esperamos verlas pronto publicadas, pues sólo así las posibilidades que encierran de aplicaciones de sus resultados comenzarán a ofrecernos todos sus frutos.

ANTONIO CABALLOS RUFINO
PROFESOR DE HISTORIA ANTIGUA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

LÓPEZ ONTIVEROS, A.: *Las cooperativas olivareras andaluzas. Una realidad problemática*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, 1982, 208 pp.

Estamos ante una nueva obra de Agustín López Ontiveros, quien quizás sea hoy el mejor conocedor de las explotaciones de olivar andaluzas. La obra comentada es como una continuación en su trabajo de desvelar ese sector, que antes ya se había plasmado en otros trabajos. Ahí están otros dos libros suyos para demostrarlo: *El sector oleícola y el olivar: oligopolio y costes de recolección* (1982) y *¿Qué pasa con el olivar?* (1980). También son de su mano las páginas dedicadas al olivar en el libro colectivo *Las agriculturas andaluzas*, del grupo E. R. A. (1980).

La soltura que le da su buen conocimiento de la materia se muestra en todos los elementos que componen el libro que aquí comentamos, escrito con la fluidez y el esfuerzo pedagógico que caracterizan sus publicaciones. En este sentido, y como todos sus demás trabajos, puede confiarse en manos de estudiantes sin temor a que resulten inaccesibles, ni siquiera a los más ajenos a esta materia.

El libro da cuenta de una encuesta realizada por un equipo y dirigida por el autor en todos sus pasos, encaminada a conocer las circunstancias en que se desenvuelven las cooperativas olivareras, entidades que, como en el mismo estudio se demuestra, adquieren una gran importancia en este sector, al nuclear a numerosos productores a la hora de la transformación de sus frutos. Esta en-